

Salvador copió el plano con la seguridad de mano de un geómetra ejercitado, y concluido su dibujo:

— Caballero, dijo doblando el papel y metiéndolo en su bolsillo, sólo me resta daros gracias y presentaros mis excusas por todo lo que os he molestado.

El alcalde protestó que Salvador en nada le había molestado, y hasta intentó retenerle á desayunarse con su esposa y sus dos señoritas; pero por tentadora que fuese la oferta, Salvador creyó que debía rehusar.

El alcalde, que no quería separarse de su huésped, sino lo más tarde posible, le acompañó hasta la puerta, y antes de despedirse de él se puso á disposición del joven para cualquiera nueva noticia que fuese de su competencia.

El mismo día, Salvador presentaba á Justino en casa de los Amigos de la Verdad, donde le hacía recibir de masón.

No hay necesidad de decir, que Justino cumplió sin pestañear todas las pruebas; hubiera atravesado el fuego; hubiera pasado el puente, agudo como el filo de una navaja de afeitar, que conduce del purgatorio al paraíso de Mahoma. ¿No estaba Mina al extremo del rudo y peligroso camino?

Al día siguiente fué Justino presentado y recibido en una venta.

Á partir de esta segunda recepción, ya no tuvo Salvador nada oculto para su amigo, y le reveló hasta los últimos secretos de la vasta conspiración, que comenzada en 1815, no debía fructificar hasta 1830.

Dejémosles proseguir la grande obra de la insurrección, en la que encontrará su desenlace nuestra historia, y prosiguiendo ésta á través de las sinuosidades que traza, volvamos á Petrus y á la señorita de Lamothe-Houdon.

CAPÍTULO VII.

LA NOCHE DE BODAS.

En aquella estufa embalsamada donde hemos visto á Petrus hacer con tanto amor un retrato, destruido con tanta cólera, acostado sobre una larga silla, vestida con el traje blanco de las desposadas, pálida como la estatua de la desesperación, la señorita Regina de Lamothe-Houdon, ó más bien, la condesa Rappt, miraba, con ojos en que se pintaba el estupor, un centenar de cartas esparcidas en torno suyo.

El que hubiese entrado en aquella habitación, ó que simplemente hubiese dirigido una mirada por la puerta entreabierta, hubiera comprendido, al ver el semblante espantado de la joven, que la causa de aquel terror mudo era la lectura que acababa de hacer, de una ó muchas de aquellas cartas que había dejado caer al suelo con horror y disgusto.

Permaneció un instante silenciosa é inmóvil, mientras que dos lágrimas corrian lentamente de sus ojos sobre su pecho.

En seguida, con un movimiento casi automático, hizo subir hasta sus rodillas su mano colgante, y cogió una carta aun doblada; la desdobló, la llevó á la altura de sus ojos; pero á la tercera ó cuarta línea, como si no tuviese fuerza para ir más lejos, dejó caer la carta sobre la alfombra, donde yacían ya otras.

Entonces hundió su cabeza entre sus dos manos, y meditó algunos instantes.

Sonaron las once en una habitación contigua.

Separó sus manos de su rostro y escuchó, contando con los labios y silenciosamente, las vibraciones del timbre.

Después de haber sonado el golpe oncenno, y de haberse extinguido la vibración, se levantó, recogió todas las cartas, hizo de ellas un paquete, las guardó en una almohadilla, cuya llave ocultó detrás del pie de una estatua; en seguida, acercándose á una campanilla, tiró del cordón con un movimiento rápido y nervioso.

Presentóse una sirvienta vieja.

— Anita, dijo el joven, es la hora; id á la puertecita del jardín que da á los Inválidos, y conducid aquí al hombre que encontraréis esperando delante de la reja.

Atravesó Anita el corredor, bajó los pocos escalones que conducian al jardín, cortó diagonalmente céspedes y espesas, y habiendo abierto la puertecita que daba al boulevard de los Inválidos, pasó la cabeza á través de aquella abertura, y buscó con la vista al que debía conducir al lado de su señora.

Aun cuando estaba á tres pasos de ella, permanecía Petrus invisible, oculto como estaba por un grande olmo, contra el que se había apoyado, y desde donde miraba á las ventanas de Regina.

¡ Cosa extraña! el pabellón que habitaba la joven no estaba iluminado; el que estaba enfrente, tampoco; parecía que se había echado de arriba abajo sobre el palacio entero un velo de luto.

La única ventana iluminada con una débil luz, igual á la que una lámpara mortuoria hace temblar en una cueva fúnebre, era la ventana del estudio de Regina.

¿ Qué había, pues pasado? ¿ Por qué, pues, toda aquella vasta casa no tenía un aire de fiesta? ¿ Por qué no se oía la música de un baile? ¿ Por qué aquel silencio?

Al ver abrirse la puertecita y aparecer á la vieja sirvienta, Petrus, que, como Regina, acababa de contar los once golpes del timbre, se destacó del árbol al que parecía clavado, y preguntó:

— ¿ No es á mi á quien buscáis, Anita?

— Á vos, Mr. Petrus; vengo de parte...

— De la princesa Regina; lo sé, dijo el joven impaciente.

— De parte de la condesa Rappt, repuso Anita

Petrus sintió pasar un estremecimiento por sus venas; un sudor frío corrió sobre su frente. Apoyó su mano en el árbol para sostenerse.

Á estas palabras: « De parte de la condesa Rappt, » creía una contraorden. Felizmente Anita añadió:

— Seguidme.

Y descubriendo la puerta, que volvió á cerrar detrás de sí hizo entrar á Petrus en el jardín.

Algunos minutos después, abría la puerta del estudio y en la penumbra veía el joven á su muy amada Regina, ó más bien le pareció al principio el espectro de la que había conocido.

— Aquí está Mr. Petrus, dijo la anciana sirvienta introduciendo al joven, que permaneció junto á la puerta.

— Está bien, dijo Regina, dejadnos y permaneced en la antecámara.

Obedeció Anita, y Petrus y Regina se encontraron solos.

Regina hizo seña con la mano á Petrus de que se acercase; pero el joven, sin moverse del sitio:

— ¿ Me habéis hecho el honor de escribirme, señora?

dijo apoyándose sobre esta última palabra, con la desapiadada dureza de los amantes desesperados.

— Si, caballero, dijo Regina con voz dulce, porque comprendía lo que debía sufrir; si, tengo que hablaros.

— ¡ Á mí, señora ! ¡ vos tenéis que hablarme la noche de un día en que he estado á punto de morir, al saber que se había llevado á cabo ese matrimonio que os une para siempre al hombre que más odio en el mundo !

Regina sonrió tristemente, y se podía leer en aquella sonrisa : « Pues y yo, ¿ creéis que le odio menos que vos ? »

En seguida, en voz alta y antes que aquella sonrisa se hubiese borrado de sus labios :

— Coged el taburete de Abeja y sentaos cerca de mí, dijo.

Dominado por la voz, al mismo tiempo dulce y grave de Regina, obedeció Petrus.

— Más cerca, dijo la joven, más cerca todavía... ahí ; miradme bien ahora... sí, así.

— ¡ Dios mío ! murmuró Petrus, ¡ Dios mío ! ¡ qué palida estáis !

Regina meneó la cabeza.

— No hay aquí los frescos colores de una desposada, ¿ no es verdad, amigo mío ?

Petrus se estremeció, como si aquellas dos palabras : *amigo mío*, fueran un hierro agudo que penetraba en su pecho.

— ¿ Vos sufrís, señora ? dijo.

La sonrisa de Regina tomó un tinte de dolor inexplicable.

— Sí, sufro, respondió, horriblemente.

— ¿ Qué tenéis, señora ?... Decidme ¿ qué tenéis ?...

He venido aquí con intención de maldeciros, y héme aquí pronto á compadeceros.

La joven miró fijamente á Petrus.

— ¿ Me amáis ? preguntó.

Petrus se estremeció, y todo balbuciente y tembloroso dijo :

— ¡ Señora !

— Os pregunto si me amáis, Petrus, repitió la joven con una voz grave hasta la solemnidad.

— El día en que por primera vez entré en este estudio (y hace de esto tres meses, señora), os amaba ya, dijo Petrus ; hoy, como hace tres meses, os amo, con la diferencia de que, conociéndoos más, os amo mejor.

— Así que, no me equivocaba, repuso Regina cuando me dije á mí misma, que vos me amabais tierna y profundamente. Las mujeres no se equivocan en cuanto á esto, amigo mío. Pero amar tierna y profundamente, no es más que amar un poco más y un poco mejor que se ama comunmente ; yo quiero ser para vos algo grave y sagrado, respetado y querido. Hace dos horas, amigo mío, que no tengo más que á vos en el mundo sobre quien apoyarme, y si vos no me amáis á la vez como el amante á su amada, el hermano á la hermana, y el padre á la hija, no sé ya quién me amaría aquí abajo.

— El día en que cese de amaros, Regina, respondió el joven con la misma tristeza solemne, ese día será el último para mí, porque mi amor y mi vida los anima el mismo aliento. ¡ Vos sois quién me habéis salvado de la desesperación, en la que me había hundido esta época de duda en que vivimos : pendiente ya hacia el abismo de la nada, cuya profundidad vertiginosa atrae nuestra juventud, creía el arte perdido para mi país, y llevaba esa vida ininteli-

gente de los jóvenes de mi edad; había renunciado al trabajo, estaba pronto á lanzar por la ventana paleta y pinceles, y á dejar esta fuerza que Dios me había dado, esta energía que sentía en mí consumirse, aniquilarse en una actividad peligrosa ó en una resignación apática!... Un día os encontré, señora, y desde aquel día volví á la vida, tuve fe en mi arte; aquel día creí en el porvenir, en la felicidad, en la gloria, en el amor, porque vuestra indulgente bondad me elevaba á mis propios ojos y me abría todas las sendas encantadas de la existencia: no me preguntéis, pues, señora, si os debo todo mi amor, porque os responderé: « No sólo todo mi amor, Regina, sino también toda mi vida.

— ¡Dios me libre de dudar nunca de vos, amigo mío! respondió Regina, cuyo rostro se cubrió con el rubor de una orgullosa alegría; estoy también tan segura de vuestro afecto, como vos podéis estarlo del mío.

— ¡Del vuestro! ¿yo, señora? exclamó Petrus.

— Sí, Petrus, repuso tranquilamente la joven, y no pienso noticiaros nada nuevo al deciros que os amo: si os he interrogado, era menos, creedme, por oír un juramento que sabía me estaba hecho en el fondo de vuestro corazón, que por escuchar algunas palabras de amor de las que, hoy sobre todo, os juro que tengo una inmensa necesidad.

Petrus se dejó deslizar de su taburete, de rodillas é inclinado, no como delante de una mujer que se ama, sino como delante de una mujer que se adora, y dijo á su vez:

— Escuchad, señora; sois, no sólo la persona á quien más amo, sino la que estimo, respeto y venero más en el mundo.

— Gracias, amigo mío, dijo Regina dejando caer su mano en la de Petrus.

— Y sin embargo, dijo el joven, para amaros así, convenid en que es preciso que sea muy insensato.

— ¿Por qué, Petrus?

— Porque no habéis tenido en mí la confianza que yo en vos.

Regina sonrió tristemente.

— Os he ocultado mi matrimonio, dijo la joven.

Petrus calló, ó más bien, sólo respondió con un suspiro.

— ¡Ay! continuó Regina, ¡este matrimonio quería ocultármelo á mí misma! Esperaba siempre que alguna catástrofe imprevista, alguno de esos acontecimientos con los que cuentan los desesperados, llegaría y lo impediría. Entonces os hubiese dicho, pálida y temblorosa como el viajero que acaba de escapar de un peligro de muerte, os hubiese dicho: « ¡Amigo! ved cómo estoy pálida y temblorosa! ¡Es que ha faltado poco para perderos para siempre; es que hemos estado cerca de ser separados para siempre! ¡Pero héme aquí, tranquilizaos, ningún peligro me amenaza ya, y soy vuestra, toda vuestra! » ¡Las cosas no han pasado así; los días han marchado con su paso ordinario, sin acontecimiento imprevisto, sin catástrofe bienhechora; las horas han sucedido á las horas, los minutos á los minutos, los segundos á los segundos: el instante fatal ha llegado, como llega para el condenado; después de desestimar la apelación, se desestima el recurso de indulto, en seguida viene el sacerdote y luego el verdugo!

— ¡Regina! ¡Regina! ¿y quién soy yo? ¿para qué me llamáis? ¿Qué vengo yo á hacer aquí?

— Lo sabréis al instante.

Petrus buscó con los ojos un reloj: en aquel momento dió la media el de la habitación contigua.

— ¡Oh! decídmelo pronto, señora, repuso Petrus, por-

que según toda probabilidad, no me queda ya mucho tiempo para permanecer á vuestro lado.

— ¿Qué sabéis vos de eso, Petrus, y por qué responder á mi tristeza con una palabra amarga?

— ¡Pero en fin, señora, estáis casada, os habéis casado hoy! Vuestro marido está en la misma casa que vos, son las once y media de la noche...

— Escuchadme, Petrus, repuso Regina; sois un gran corazón, hijo noble de una tierra generosa; se diría que habéis nacido y vivido en otro siglo que el nuestro. Tenéis la bravura y el candor, la altanería y la lealtad de los antiguos caballeros que iban á morir á la Tierra Santa; vuestro candor no admite la astucia, vuestra lealtad no sospecha la mentira; incapaz de hacer mal, á menos que os ciegue una pasión cualquiera, no creéis más que en el bien. El mundo en que yo vivo, en realidad, amigo mío, está hecho de otro modo que aquel en que vos vivís en imaginación; lo que parece muy sencillo á él, os parecería indigno á vos; lo que él cree natural, os parecería odioso... hé ahí por qué he esperado á hoy para deciros mi pesar; hé ahí por qué he esperado á esta noche para haceros asistir á algo como á la revelación de un crimen.

— ¡De un crimen! balbuceó Petrus. ¿Qué queréis decir, señora?

— De un crimen, sí, Petrus.

— ¡Oh! murmuró el joven, ¿lo que sospecho era cierto?

— ¡Qué sospecháis? Veamos, decidme eso, amigo mío.

— Pues bien, señora, sospecho, lo primero, que se os ha casado contra vuestra voluntad; que de vuestro matrimonio dependía la fortuna ó el honor de uno de los miembros de vuestra familia. Creo, en fin, que sois víctima de una de esas especulaciones atroces, permitidas por la ley,

porque se abrigan misteriosamente bajo el techo discreto de la familia... Me acerco á la verdad, ¿no es así?

— ¡Sí, dijo Regina con voz sombría; sí, Petrus, eso es!

— Pues bien, héme aquí, Regina, continuó Petrus estrechando las manos de la joven; ¿tenéis necesidad de mí sin duda? ¿tenéis necesidad de un corazón y de un brazo de hermano, y me habéis elegido para alguna obra de abnegación y protección? Habéis hecho bien, y os doy gracias. Ahora, hermana mía muy amada, decidme todo lo que tenéis que decirme... hablad, os escucho de rodillas.

En aquel momento se abrió bruscamente la puerta del estudio, y la vieja sirvienta, que diez y nueve años antes había recibido á Regina en sus brazos, apareció en el umbral de la puerta.

Petrus quiso levantarse y volverse á su taburete; pero Regina, por el contrario, le mantuvo en su puesto, apoyándole la mano sobre el hombro.

— No, permaneced, dijo.

En seguida, volviéndose hacia Anita, dijo:

— ¿Qué hay, querida mía?

— Perdonadme si entro así, señora, dijo la anciana; pero Mr. Rappt...

— ¿Está ahí? preguntó Regina con un acento de suprema altanería.

— No; pero ha mandado á su ayuda de cámara que pregunte si la señora condesa está dispuesta á recibirle.

— ¿Ha dicho *la señora condesa*?

— Repito las propias palabras de Bautista.

— Está bien, Anita, dentro de cinco minutos le recibiré.

— Pero, dijo Anita indicando á Petrus con el gesto; pero este caballero...

— Este caballero se queda aquí, Anita, dijo Regina.

— ¡Dios mío! murmuró Petrus.

— ¡Este caballero?... preguntó Anita.

— Ve á llevar mi respuesta á Mr. Rappt, y no te inquietes por nada, mi buena Anita, yo sé lo que hago.

Anita se retiró.

— Perdonadme, señora, dijo Petrus poniéndose en pie en el momento en que la anciana sirvienta hubo cerrado la puerta; pero ¿vuestro marido?...

— No debe veros, y no os verá aquí.

Y fué á cerrar la puerta y correr el cerrojo, á fin de que el conde Rappt no pudiese entrar sin llamar.

— ¿Pero yo?

— Vos, vos debéis ver y oír lo que va á pasar, á fin de que podáis dar testimonio un día de lo que ha sido la noche de bodas del conde y la condesa Rappt.

— ¡Oh! mirad, Regina, que me vuelvo loco, dijo Petrus; porque no os comprendo, porque no adivino lo que queréis decir.

— Amigo mío, repuso Regina, fiaos de mí para consolar vuestro corazón, al mismo tiempo que yo apelo á vuestra lealtad. Entrad en este retrete, que es en donde yo encierro mis flores más preciosas.

El joven dudaba todavía.

— Entrad, insistió Regina. La obscuridad de que están cubiertas mis palabras, el misterio en que va á envolverse mi vida, la insoportable contrariedad en que nos veremos obligados á vivir uno respecto del otro, si vos no llevaseis la mitad de mi terrible secreto, todo me impone como un deber lo que hago en este momento... ¡Oh! es una historia horrible la que va á seros revelada, Petrus. Pero no juzguéis ligeramente, amigo mío; no condenéis antes de haber oído; no odiéis antes de haber apreciado.

— No, Regina, no; nada quiero oír; tengo fe en vos, os amo, os respeto... No, no entraré ahí.

— Es preciso, amigo mío; por otra parte, es demasiado tarde ya para retiraros; le encontraríais en vuestro camino; yo no quedaria justificada para con vos, y él sospecharia de mí.

— ¿Lo queréis, Regina?

— Os lo suplico, Petrus, y en caso necesario, lo exijo.

— Hágase vuestra voluntad, mi bella madona, mi dulce reina.

— Gracias, amigo mío, dijo Regina alargándole la mano. Y ahora, entrad en mi pequeño invernadero, Petrus: ha recibido mis más secretos pensamientos; esto es deciros, que os reconocerá. Es mi confesonario embalsamado.

Levantó la tapicería.

— Sentaos ahí, en medio de mis camelias, cerca de la puerta, para oírlo todo. Es mi sitio favorito cuando quiero soñar. Las camelias son á la vez brillantes y modestas flores del Japón, que no viven bien más que al Mediodía. Yo hubiera querido nacer, vivir y morir como ellas.

— Oigo pasos; entrad, amigo mío. Escuchad y perdonad á quien ha sufrido.

Petrus no resistió más; entró en el pequeño invernadero, y Regina dejó caer sobre él la portezuela.

En aquel momento se detuvieron los pasos delante de la puerta, y después de algunos segundos de vacilación, llamaron.

En seguida, la voz del conde Rappt preguntó:

— ¿Se puede entrar, señora?

Regina se puso pálida como si fuese á morir, y sin embargo, corrió el sudor por su frente.

Enjugó su rostro con un pañuelo de fina batista, respiró, y en seguida, con paso firme, yendo á la puerta y abriéndola, dijo en alta voz:

— Entrad, padre mío.

CAPÍTULO VIII.

LA NOCHE DE BODAS DEL SEÑOR CONDE Y LA SEÑORA CONDESA RAPPT.

Petrus se estremeció.

En cuanto al conde Rappt, palideció y retrocedió tres pasos al oír aquella fulminante apelación.

— ¿Qué decís, Regina? exclamó con una voz en la que se manifestaba un asombro que llegaba al terror.

— Os digo que podéis entrar, *padre mío*, repitió la joven con voz segura.

— ¡Oh! murmuró Petrus, ¡era, pues, verdad lo que me decía mi tío!

Mr. Rappt entró con la cabeza inclinada. No se sentía con audacia para afrontar la mirada de la joven.

— Todo lo sé, caballero, continuó friamente Regina. Como lo he sabido providencialmente, no necesito deciroslo. Dios sin duda ha querido evitarnos á los dos un crimen terrible, poniendo en mis manos una prueba irrecusable de vuestras relaciones con mi...

Regina se detuvo, no atreviéndose á decir:

— Con mi madre...

— Venía, balbuceó el miserable á quien Regina tenía palpitante bajo su mirada, á pedirnos una entrevista y no

otra cosa. Os hubiera explicado mis dudas, mis temores, que nada los justifica sin embargo.

Regina sacó de su pecho una carta cogida al azar en aquella correspondencia que hemos visto esparcida á sus pies, y que la había puesto aparte antes de guardar el resto en la almohadilla.

— ¿Reconocéis esta carta? dijo. Es aquella en la que recomendáis á la mujer de vuestro amigo, de vuestro protector, casi de vuestro padre, que vele por vuestra hija... En vez de hacer esta recomendación impía á una madre, hubierais debido pedir á Dios que llamase á sí aquella hija.

— Señora, dijo el conde, más aterrado que nunca, os lo he dicho, venía para tener una explicación con vos; pero estáis demasiado conmovida en este momento, y me retiro.

— ¡Oh! no, caballero, dijo Regina, semejantes explicaciones, ya que las llamáis así, no se emprenden dos veces. Quedaos, y sentaos.

El conde Rappt, dominado enteramente por la firmeza de Regina, se dejó caer sobre un canapé.

— Pero ¿qué pensáis hacer, señora? preguntó.

— ¡Oh! voy á deciroslo, caballero. Os habéis casado conmigo, no por amor, felizmente, porque eso sería una acción atroz, sino por avaricia, lo que es un cálculo infame, y eso es todo. Os habéis casado conmigo, porque mi inmensa fortuna no pasase á manos extrañas. Sé, ó espero al menos, que si no hubieseis estado ya manchado con un crimen castigado por los hombres, pero que puede permanecer ignorado de ellos, no os hubieseis manchado con un crimen imperdonable ante ese Dios, á cuya justicia nada se oculta. Para decirlo todo, os habéis casado con la here-

dera de la condesa de Lamothe-Houdon, y no con vuestra hija.

— ¡ Regina ! ¡ Regina ! murmuró sordamente el conde con la cabeza baja y los ojos fijos sobre la tierra.

— Sois á la vez ambicioso y disipador, continuó la joven. Tenéis grandes necesidades, y esas grandes necesidades os ponen al frente de grandes crímenes. Otro, tal vez retrocedería delante de esos crímenes ; vos no. Os casáis con vuestra hija por dos millones ; venderiais á vuestra mujer por ser ministro.

— ¡ Regina ! repitió el conde en el mismo tono.

— Pedir nuestro divorcio, es imposible ; el divorcio está abolido. Pedir nuestra separación, es un escándalo. Sería preciso decir la causa de ella ; mi madre moriría de vergüenza, mi padre de dolor. Debemos, pues, permanecer indisolublemente unidos uno á otro ; pero sólo ante la sociedad, porque ante Dios, caballero, soy libre y quiero serlo.

— ¡ Qué entendéis por eso señora ? preguntó el conde intentando levantar la cabeza.

— En efecto, es preciso que nos comprendamos bien uno á otro, y voy á explicarme lo más claramente posible.

Como premio de mi silencio, como premio de la vida extraña y estéril á la que me habéis condenado, os pido la libertad más ilimitada de que pueda gozar una mujer : una libertad de viuda ; porque bien comprenderéis que desde hoy habéis muerto para mí como marido. En cuanto al título de padre, presumo que no tendréis la audacia de reclamarlo. Por otra parte, mi padre, mi verdadero, mi único padre, el que puedo amar, respetar, venerar y querer, es el conde de Lamothe-Houdon. Me daréis esta libertad y os prevengo, que si no me la dais, la tomo.

En cambio, os abandono la mitad de mi fortuna venidera : dos millones. Haréis que mi notario extienda el acta, y cuando queráis, la firmaré. ¿ Encontráis algo que decir á esto ?

El silencio del conde Rappt comenzaba á tornarse en meditación. Levantó lentamente los ojos sobre Regina ; pero encontrando la mirada orgullosa y segura de la joven, se sintió aplastado de nuevo y los bajó segunda vez.

La contracción muscular de la parte baja de su rostro indicaba sólo la lucha interior que sostenia. En fin, al cabo de algunos instantes volvió á tomar la palabra, y con voz baja aún y pesando cada una de sus palabras :

— Antes de aceptar ó rehusar las proposiciones que me hacéis, Regina, permitidme, dijo, hablar un momento con vos, y permitidme daros un buen consejo.

— ¡ Un buen consejo ! ; vos, caballero ! ; Un buen fruto en un árbol malo !

Y la joven meneó desdeñosamente la cabeza.

— Dejadme dárosle, seréis libre para seguirle ó no.

— Hablad, caballero, dijo Regina, ¡ os escucho !

— No intentaré excusar lo que mi conducta pueda tener de extraña á vuestros ojos.

— ¡ Á mis ojos ! dijo desdeñosamente Regina.

— Á los ojos del mundo si queréis. Conozco mi crimen en toda su extensión. Por fortuna, al cometerlo he cedido, no á un impulso, sino á un cálculo. Permitidme, sin embargo, deciros, que no hay crimen real más que en la acción que hiere la sociedad ú ofende á Dios. Al casarme con vos no he ofendido á Dios ni he herido á la sociedad. La sociedad no se hiere más que de lo que sabe, y nunca sabrá que yo soy vuestro padre. Por el contrario, si algún día se han cernido algunas sospechas sobre la mariscal, se

disiparán al ver que sois mi mujer. No he ofendido á Dios, porque si he querido, con un fin cuya grandeza me excusa, casarme con vos á los ojos de los hombres, como habéis dicho muy bien, os hubiera respetado siempre delante de Dios. Pero os repito que no pretendo justificarme. No. Quiero simplemente llegar al consejo que creía de mi deber daros.

— Os dejo hablar, caballero, porque en la dificultad de vuestra elocución, en la construcción embrollada de vuestras frases, comprendo que necesitáis cierto tiempo para reponeros.

— Héme aquí, señora, dijo el conde Rappt con una voz que en efecto se iba haciendo cada vez más firme. Me pedís vuestra libertad ilimitada. Excusado es decir que os la doy, y que en cualquier caso os la hubiera dado (pero en el caso que nos hallamos, con más razón, porque no tengo derecho á exigir, ni vuestro afecto, ni vuestra indulgencia); recordad sólo, señora, que hay respetos y deberes sociales, y cuyo cumplimiento condenan las leyes á la mujer casada.

— Continúad, caballero, aun no me he apoderado de todo vuestro pensamiento

— Digo, pues, señora, que reconozco bastante la magnitud de mi crimen, para no reclamar de vos ni el menor afecto. Pero he vivido bastante para saber que la mujer, á pesar de la justicia de sus repugnancias, está obligada á los ojos del mundo á ciertas conveniencias, de que depende la posición social de un marido. Así que, permitidme decir, señora, que hace días corren, respecto á vos, ciertos rumores, que si fuesen fundados, excitarían en mí la más profunda tristeza. Un periodiquillo, esta mañana, al anunciar nuestro matrimonio, se permite hacer alusiones muy

transparentes á una historia amorosa, de que sois la heroína. Hasta llega á designar, con las letras iniciales, el nombre de un joven que es el héroe. ¡ Pues bien! Regina, creo deberos dar este aviso paternal. Perdonadme que tome respecto á esos rumores más interés que vos misma, y que entre tan brutalmente en vuestros secretos.

— Yo no tengo secretos, caballero, exclamó impetuosamente la joven.

— ¡ Oh! sé, en efecto, Regina, que si habéis experimentado un sentimiento cualquiera por ese joven, ese sentimiento nada tenía de serio, que era un simple capricho, ó mejor dicho, que habéis querido, y eso es todo, divertirlos á expensas de su vanidad.

— En verdad, caballero, que me ofendéis, exclamó la joven, y no os reconozco derecho para dirigirme semejantes palabras.

— Escuchadme, Regina, repuso el conde, recobrando ó fingiendo recobrar poco á poco su sangre fría habitual; no os hablo aquí, ni como marido ni como padre, os hablo como preceptor; porque no olvidéis, que tengo el honor de haberos educado; sobre este doble título, fundo mi derecho de advertiros, de aconsejaros, de preveniros, cuando la casualidad me da la ocasión. Apenas erais mujer, Regina, cuando teniais ya un talento en relación con el mío.

Una mirada desdeñosa de Regina intentó interrumpir al conde.

— Un talento superior, si lo preferis, repuso éste, un talento muy superior á vuestra edad y vuestro sexo. Encargado por vuestra tía y por vuestro padre de velar sobre vos y de hacer lo posible para introducir en vuestro corazón la virilidad que había en vuestro talento, he fecundado con

un estudio paciente, con una educación de todas las horas, los gérmenes que la naturaleza había depositado en vos, y gracias á estos minuciosos cuidados, poseéis ahora toda la firmeza, toda la indomable energía de un hombre. ¡Pues bien! en el momento de recoger los frutos de esos incesantes trabajos, en el momento en que creí haber hecho de vos un ser inteligente, una alma escogida, una mujer fuerte, en ese momento me abandonáis. Mi acción de unirme á vos, siempre os ha asustado, espantado. Voy á deciros cuál era mi proyecto. Nuestra unión no era un matrimonio, Regina, era una asociación indisoluble, que en vez de la media felicidad conyugal, reservada á los esposos, debía darnos los tres grandes bienes de este mundo, las tres ambiciones realizadas de todos los corazones poderosos: la riqueza, el poder, la libertad. ¡Qué! nosotros hasta aquí hemos (digo nosotros, porque podéis reivindicar una gran parte en mis actos), hasta aquí, sin que yo posea ningún título aparente en el Estado, ninguna influencia visible en los negocios, hasta aquí, digo, hemos casi gobernado este hermoso, este bueno, este dócil país que se llama la Francia, ¡y nos habíamos de detener aquí! Estoy en vísperas de ser ministro, porque bien comprendéis que ese ministerio que dura hace cinco años, minado como está por todas partes, está muy cerca de ceder el puesto á otro ministerio, que durará otros cinco años tal vez; cinco años, comprendéis, Regina; el tiempo que dura la presidencia de un Washington ó de un Adams. No necesito para llegar á ello más que una fortuna visible, una posición asegurada, y entonces hago sentar á mi lado á vuestro padre, y mandamos á treinta y cinco millones de hombres, porque bajo un gobierno constitucional, el efe del consejo es el verdadero rey. Para secundar este

deseo ardiente de mi vida, para ayudarme en esta maravillosa empresa, ¿á quién me dirigo? ¿Cuál es la mujer á quien quiero hacer, no la compañera servil de mi existencia, no la esclava de mis caprichos y de mi voluntad, sino la asociada de mi poder? Vos, Regina. Y hé aquí, que en el momento en que tocamos ese fin espléndido, en vez de cernereros conmigo por encima de las preocupaciones del mundo, por encima de las debilidades de la humanidad, hé aquí que principiáis por no comprender, que no se llega á semejantes alturas sin pisar algunas preocupaciones; pero no es esto todo; hé aquí que ponéis bajo mi pie el ridículo, ese pedernal estúpido que á veces hace rodar hasta el fondo del abismo al viajero que iba á tocar la cima de la fortuna. ¡Regina! ¡Regina! Os lo declaro, pensaba mejor de vos.

La joven había escuchado al conde no con menor disgusto; pero si con una atención más real.

Le admiraba que se pudiera encontrar una excusa, por mala que fuese, á una acción semejante, y yo no sé si se nos comprenderá, ó más bien, si se comprenderá, sobre todo en una mujer, la anchura del horizonte que podía abrazar un carácter semejante. Regina estaba en cierto modo curiosa, desde el punto de vista de la filosofía, de ver hasta dónde podía penetrar en el mal camino el hombre separado del bueno, sea por un espíritu malo, sea por una educación falsa.

Respondió, pues, con más calma que se hubiera debido esperar en ella.

— Si, tenéis razón, caballero, soy vuestra discipula, y desde mi primera juventud reconozco que he recibido de vos los más perniciosos consejos. Vos habéis reprimido todas las aspiraciones de mi alma hacia lo bello, todos los

arranques de mi corazón hacia lo bueno, todas las simpatías de mi imaginación hacia lo grande, queriendo hacer de mí, y os comprendo, ahora que me habéis revelado vuestro proyecto, queriendo hacer de mí vuestra confidente, vuestra asociada, vuestra cómplice, una especie de pedestal de vuestra ambición; vuestro escepticismo, por el contrario del trabajador del Evangelio, que arranca la zizaña en provecho del buen grano, vuestro escepticismo se ha dedicado á arrancar los mejores sentimientos en provecho de los menos buenos, los menos buenos en provecho de los peores. Me habéis enseñado la astucia, la disimulación, la falsedad, y habéis puesto un cuidado minucioso en hacerme estudiar eso, os lo concedo; me habéis enseñado, que mirando oblicuamente, se puede ver á las gentes sin necesidad de mirarlas de frente; que se puede parecer tranquilo cuando se está agitado; alegre cuando se está triste. Me habéis iniciado en todos estos misterios de la mentira, en los que os había iniciado Mad. de la Tournelle, que los tenía directamente de los jesuitas; esos grandes maestros en el arte de engañar. Vuestra inagotable solicitud, lo reconozco, no se ha desmentido una sola vez durante los ocho ó diez años que habéis empleado en la laboriosa tarea de mi educación; y en fin, cuando me habéis creído vuestra igual, es decir, sin nobleza, sin franqueza, sin generosidad, habéis intentado desarrollar en mí los deseos ambiciosos y el gusto á la intriga. ¿Es eso, caballero?

— Llamemos las cosas por su nombre, señora, dijo el conde Rappt intentando sonreír, el gusto de la diplomacia.

— De la diplomacia si queréis, caballero. Odio tanto la una como la otra, y esas dos hermanas gemelas de la ambición me son ¡igual y perfectamente odiosas. Sí, me

habéis enseñado todo lo que debía ignorar; sí, me habéis dejado ignorar todo lo que debía saber; sí, me habéis enseñado, en una palabra, la terrible ciencia del bien y el mal. Me avergüenzo, caballero, lo conozco; hasta confieso, para vergüenza mía y gloria vuestra, que he experimentado una especie de curiosidad, una apariencia de interés, en hacer con vos en derredor del corazón humano el desolador viaje de la desilusión y el desencantamiento. Pero de este viaje, caballero, he vuelto llena de espanto. Á fuerza de veros poner delante de mí, desnudos como feísimas llagas, todos los vicios encarnados en el corazón de la humanidad, porque vuestro escalpelo á nadie respetaba, adquirí, joven aún, al precio quizá de la felicidad de mi vida entera, esa vejez prematura, esa decrepitud precoz del corazón que se llama experiencia, y que no es otra cosa que el enterramiento de todo lo dulce, noble y puro que hay en nosotros. ¡Y no querriais, caballero, continuó Regina con una energía creciente, y no querriais cuando he muerto para todo lo demás, cuando me asesináis civilmente, no querriais que yo, á quien lo habéis quitado todo, padre, madre, familia; no querriais, repito, que aceptase la mano leal que un amigo me tiende para levantarme! ¡Pues bien! sabed una cosa, caballero, y que ella os sirva de remordimiento, y es que á pesar vuestro, á pesar de vuestra educación emponzoñada, Dios me ha dado una virtud que reposa sobre principios sentados, fijos, inamovibles. ¡Sabré vivir irreprochable, caballero!... pero dejadme vivir.